

las aflicciones nos cerquen, procuremos practicar la paciencia, con lo que imitaremos á nuestro amabilísimo maestro Jesucristo, que no habló ni se quejó en sus aflicciones. Recibamos gustosos todos los trabajos que la Providencia se digne enviarnos, y volviendo nuestras espaldas á un mundo pervertido que nos ofrece en dorada copa el mas sutil veneno, busquemos tan solo á Jesucristo, de quien únicamente podemos esperar la verdadera felicidad. Tengamos siempre fija nuestra esperanza en este Dios de amor que se sacrificó por nosotros en el árbol de la Cruz, y llenos de confianza digámosle que se acuerde de nosotros y nos perdone, que nos dé su divina gracia, á fin de que al prepararnos para morir en su santo ósculo, tengamos el consuelo de oír de sus divinos lábios estas amorosas expresiones que pondrán verdaderamente el sello á nuestra felicidad eterna: *Hodie mecum eris in Paradiso*. Hoy serás conmigo en el Paraíso. ¡Sea así, oh Dios de bondad! *¡Fiat, fiat!.... ¡Amen! Amen!*

TERCERA PALABRA.

Mulier, ecce filius tuus..... Ecce Mater tua.

Mujer, hé ahí á tu hijo.... Ahí tienes á tu Madre.

Joan. cap. XIX, v. 26 y 27.

María Santísima habia sido la compañera inseparable de su divino Hijo: habíale llevado por espacio de nueve meses en sus purísimas entrañas: habíale conducido en sus brazos cuando la perfidia de Herodes le hizo huir á Egipto: habia cuidado de él continuamente, y cuando llegó el tiempo señalado por el Eterno Padre para la realización del sacrificio cruento que habia de aplacar su justa cólera contra el hombre, la bienaventurada Virgen María fué testigo de los mayores ultrajes; ansiosa por ver y abrazar al que era la luz de sus ojos y la vida de su alma, corre precipitadamente por la calle de la Amargura, y haciéndose paso por entre las turbas, vé á Jesus cargado con el instrumento de su suplicio, cayendo y levantando, hecho la burla y el ludibrio de aquel pueblo amotinado, ávido por verle derramar hasta la última gota de su sangre. ¡Oh! ¡A qué pluma será dado el poder describir aquella escena desgarradora! ¡Quién

podrá pintar con vivos colores el martirio de aquellos dos tiernísimos corazones al dirigirse recíprocas miradas! ¡Quién!... Corramos en espíritu al Calvario, y allí observar podremos el grande heroísmo de la bendita madre de Jesús. Llena de valor, con un espíritu varonil, aunque atravesado su corazón del dolor mas escesivo, presencia la crucifixion, siendo para ella cada golpe del fatal martillo, una nueva espada que atraviesa su pecho de parte á parte. Respha condenada á presenciar la muerte sangrienta de sus hijos (1); la angustiada Agar, retirándose de su hijo por no verle morir de sed (2). Esther afligida al saber la sentencia de muerte que pendia sobre multitud de inocentes víctimas (3) como otros muchos ejemplos que encontramos en el antiguo testamento, son figuras, aunque imperfectas, de las amarguras de María en el Calvario. Por esto no atreviéndose los Evangelistas á pintar aquel cuadro de ternura, solo nos dicen que estaba junto á la cruz de Jesús María su madre. *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus*. Palabras en verdad lacónicas, pero que son suficientes para hacernos conocer los tormentos del Hijo y los dolores de la Madre. Ved aquí por qué San Buenaventura esclama al contemplar las angustias de María en el Calvario. «En los clavos, en las espinas, en sangre se halla convertida aquella madre por el amor martirizada (4).»

Atended pues ahora, hermanos míos, la sábia economía de la Providencia; atended á dónde llega el amor de Jesucristo para la humanidad: tanto nos amó

(1) 2 Reg. cap. XXI.

(2) Génes. cap. XXI, v. 15 y 16.

(3) Esther, cap. IV.

(4) S. Bonav. de Plactu Virg.

el Eterno Padre que nos dió á su Unigénito Hijo (1); á este modo podemos decir, que tanto nos amó Jesucristo que nos dió á su bendita Madre.

En efecto, señores: hallábanse junto á la cruz de Jesús, segun nos dice el Evangelista, su santísima Madre, María de Cleofas, prima hermana de la Virgen, y María Magdalena; el divino crucificado que ya habia pedido á su Eterno Padre perdon para sus enemigos y ejecutores, y que habia perdonado y ofrecido la gloria al buen Ladron, vió á su Madre y al Discípulo amado que tambien se hallaba al lado de la Cruz, abre sus divinos lábios de nuevo, y dirigiéndose á la Madre le dijo: «*Mulier ecce filius tuus*: Mujer, hé ahí tu hijo, y mirando despues al Discípulo amado le dice: *Ecce Mater tua*. Hé ahí tu madre.» ¿Constituirán por ventura estas espresiones de Jesucristo, el cuchillo que profetizó Simeon que traspasaria el alma de la purísima Virgen (2)? Yo creo que sí, porque como dice el padre San Agustín, tanto es forzoso abrase el dolor cuanto mas íntimo es el amor (3). Y siendo así que no hay amor comparable con el que María profesaba á su divino Hijo, ¿cuál seria el dolor de su corazón, al ver que desposeyéndose Jesús del título de hijo suyo, se la dá por madre al amado discípulo? A la verdad mis hermanos que fué un cambio muy triste para su amante corazón, recibir al siervo por el Señor, al discípulo por el maestro, al que era hijo del Zebedeo por el que era hijo de Dios. No obstante que esas misteriosas palabras. «hé ahí tu hijo: hé ahí tu

(1) Sic enim Deus dilexit mundum, ut filium suum Unigenitum daret. Joan. cap. III, v. 16.

(2) Et tuam ipsius animam pertransibit gladius. Luc. cap. II, v. 35.

(3) D. Aug. Lib. 21 de Civit. cap. XXVI.

madre,» formaron un trago de amargura para la santísima Virgen; ella acepta gustosa la voluntad de Jesus, pues siempre practicó la obediencia en grado heroico, pues como dice Santo Tomás de Villanueva, ni con las palabras, ni con las obras, ni con el pensamiento contradijo jamás al Señor, sino que desnuda de la propia voluntad, siempre y en todo vivió sujeta y obediente á las disposiciones del Altísimo (1).

¡Estás de enhorabuena humanidad desgraciada! ¡Salve, descendencia del padre prevaricador! ¿Qué mas puedes desear? No solamente se ha sacrificado por salvarte en el árbol de la Cruz, sino que á mas ha querido dejarte una Madre tierna y cariñosa, que será en adelante el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos y el auxilio de los cristianos. A mi me parece oír la dulce voz de nuestro amabilísimo Redentor que nos dice: Hombres que vais á ser los miembros de mi Iglesia, para vuestro consuelo, para vuestro amparo, para vuestro refugio os lego mi Madre. Es la criatura mas tierna, mas clemente, mas compasiva que reconocerán los siglos; la amo porque es mi Madre, porque me alimentó con el néctar de sus pechos, por los muchos cuidados que de mí tuvo en mi infancia, porque ha sido la compañera inseparable de mis tormentos, y nada que me pida la negaré; sabed hijos míos, que así como yo soy el solo mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre mi Eterno Padre y vosotros, quiero que la que me dió en sus virginales entrañas la naturaleza humana, sea una medianera de intercesion de vosotros para conmigo. Hu-

(1) O vera ancilla, quæ neque dicto, neque factó, neque cogitatu unquam contradixit Altissimo, nihil sibi libertatis reservans, sed per omnia subdita Deo. D. Thom. á Villan. Conc. de Annunc.

manidad, nada tienes ya que temer. ¡Hé ahí á tu Madre!... Hombre que moras en el desierto del mundo, y que estas rodeado de enemigos y espuesto entre mil peligros, ya le he dicho á María que tú eres su Hijo; ámala como á buena madre y ten confianza en que ella será el conducto por donde llegarán á tí los mas abundantes raudales de la divina misericordia. Dentro de pocos momentos voy á espirar en esta Cruz donde me hallo crucificado; resucitaré triunfante de la muerte y entraré glorioso en el cielo, cuyas puertas que fueron cerradas por el pecado, quedarán abiertas para que por ellas puedas penetrar para que disfrutes de una felicidad eterna. ¡Hé ahí á tu Madre!... Ella te enseñará los caminos que conducen á la morada de la paz, ella te conducirá como madre amante, si tú la amas, y confias en ella segun tu cualidad de hijo. No direis criaturas de la tierra que he sido escaso en el amor; no direis que no he hecho cuanto he podido en beneficio de vuestras almas.

Cuando yo considero, mis hermanos, en las finezas de Jesucristo, tiemblo al considerar nuestra mala correspondencia á sus bondades. Al fijar mi vista en cualquier imágen del Crucificado, viénense como de golpe á mi imaginacion, su misericordia en bajar del cielo á la tierra y revestirse de nuestra misma carne, sus persecuciones por parte del pueblo de Israel, á quien tantos favores habia dispensado, su infinito amor en efectuar el mayor de los prodigios al instituir el augustísimo Sacramento de la Eucaristía en la víspera de su Pasion, con el objeto de quedarse para siempre entre nosotros, aunque oculto bajo los accidentes de pan y vino, y últimamente el extremo de su bondad, si asi puedo decirlo, al ver que en medio

de los tormentos de la Cruz y cuando va á consumar el sacrificio que nos reconcilia con su Eterno Padre, nos lega en su último testamento á su santísima Madre. Jesucristo sufre como hombre los dolores y tormentos, y en el momento que los sufre, como que se olvida de ellos para acordarse tan solo de los hombres. *Eecce Mater tua*: Hé ahí á tu madre. ¡Qué amor! ¡Qué caridad! ¡Qué cariño mas extraordinario por la humanidad!.... Preparaos, cristianos, á meditar en esta dádiva del agonizante Jesus. Al darnos su bendita Madre, todo nos lo ha dado con ella. Nos ha dado un libro del cual podremos copiar todas las virtudes; nos ha dado un modelo al cual deberemos ajustar nuestra conducta: nos ha dado un robusto cedro al cual podremos asirnos para no perecer en los naufragios del mundo.

Un piadoso escritor y devoto contemplativo de la pasion y muerte de Jesucristo hace esta oportuna reflexion, «al escuchar esta voz amorosa: *hé ahí á tu Madre*, pudiera con una pequeña mudanza apropiarse las palabras de San Pablo: *Si Dios está por nosotros, ¿quién será contra nosotros? Cuando aun á su propio Hijo no perdonó sino por nosotros todos lo entregó*. Así digo: si Dios, esto es Cristo Hijo de Dios, está por nosotros, ¿quién será contra nosotros? Cuando aun á su propia Madre no perdonó, (pues quiso que por nosotros fuese tan afligida junto á la Cruz) sino que nos la entregó á todos nosotros al pronunciar aquellas palabras: *ves ahí á tu Madre*. Concluye San Pablo y yo con él. *¿Cómo no nos ha de haber dado con él todas las cosas? ¿Cómo no nos ha de haber dado con tal Madre tambien todas las cosas? Diga, pues, ahora cualquiera, habiéndoseles entregado tal Madre con Salo-*

mon: *Viniéronme todos los bienes juntamente con ella* (1).»

Reconoce, pues, tu dignidad ¡oh cristiano! constituido hijo de María, has sido elevado á la escelencia de hermano de Jesucristo; nada tienes que temer. Hombre justo que hasta aquí has tratado de cumplir con tus deberes religiosos y domésticos; que has procurado no apartarte del cumplimiento de la divina ley, ¿temes acaso que tu carne se rebele contra tu espíritu? ¿Temes si algun dia tu misma miseria te arrastrará á manchar tu inocencia? Pues hé ahí á tu Madre; invócala, acógete bajo su proteccion, que ella te alcanzará mayor justificacion y te alcanzará auxilios divinos, para que no perezcas en el dia de la tentacion. Hombre pecador que has tenido la desgracia de hollar la divina ley, que has caminado muchos años por los tortuosos caminos del vicio, ahora que reconoces tu error y lloras tu pecado, ¡hé ahí á tu Madre!... Acude á ella sin temor, pues que es madre de pecadores, y tan misericordiosa, que se emplea continuamente en pedir gracia para aquellos que se acogen á su patrocinio. No hay pecador, dice San Bernardo, por obstinado que sea, que se pierda si María le protege, y María protege á todo el que arrepentido la invoca. Ea pues, sacerdotes y legos, grandes y pequeños, justos y pecadores, acudamos todos á esa dolorosa Reina del cielo y de la tierra, que Jesucristo nos ha dado por madre.

Gracias, dulcísimo Redentor de nuestras almas, gracias os damos por tantos beneficios como nos habeis dispensado: bendigante los ángeles del empíreo y las criaturas todas de la tierra, porque de un modo tan

(1) Stanihursto. Dios inmortal padeciendo en carne mortal. Capítulo XIII. pár. VI.

admirable nos has mostrado el grande amor que nos profesas. Gracias mil y mil veces porque no solo habeis querido morir por salvarnos en esa Cruz, sino que nos habeis dejado en herencia tan tierna y caritativa Madre. ¡Quiera el Señor, hermanos míos, que nos hagamos dignos de su proteccion! Y ahora meditemos los beneficios que el Señor nos ha dispensado al pronunciar en la Cruz sus terceras palabras: ¡He ahí tu Hijo!.. ¡Hé ahí tu Madre! .. *Ecce Filius tuus!*... *Ecce Mater tua!*...

CUARTA PALABRA.

Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna, dicens: Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?

Y cerca de la hora de nona clamó Jesus con gran voz, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

Math. cap. XXVII, v. 46.

En la persona de Jesucristo debian cumplirse todas las profecías en orden á la reparacion de la humanidad. David divinamente inspirado veia á través de los siglos los ultrajes, las ofensas y los tormentos que habia de padecer el Reparador de la estirpe culpable. El salmo XXI nos demuestra claramente esta verdad. En él se propone el coronado profeta dar una idea anticipada de los padecimientos de Jesucristo, y empieza de este modo: *Deus, Deus meus. respice in me; ¿quare me dereliquisti?* Dios, Dios mio, mírame; ¿por qué me has desamparado? Y continúa diciendo; *longe á salute mea verba delictorum meorum*, las voces de mis delitos alejan de mí la salud. Estas, segun notan los expositores, son espresiones de la humanidad del Señor, reducido á las mayores agonías por los pecados